

es un bien tan grande que, como dijo el otro, no tiene precio ni recompensa: *Non bene pro toto libertas venditur auro*. Á esto responde muy bien santo Tomás, 2, 2, q. 88, art. 4, y dice: Os engañais, que no se quita la libertad por los votos, antes se perficiona; y decláralo muy bien, porque lo que hacen los votos es afirmar y fijar nuestra voluntad en lo bueno, para que esté mas léjos de volver atrás; lo cual no quita, sino antes perficiona mas la libertad en su modo, como en Dios y en los bienaventurados, que no pueden pecar, y no les quita eso la libertad, antes la tienen perfectísima; y los Apóstoles, que fueron confirmados en gracia, y no podían pecar mortalmente, no por eso perdieron la libertad, antes con eso se perficionó, porque se afirmó y fijó mas en el bien para que fue criada. Y esto es lo que dice nuestro santo Padre en la carta de la obediencia. « No os parezca ser poco fruto de vuestro libre albedrío que le podais libremente restituir en la obediencia á quien os le dió, pues en esto no le perdeis, antes le perficionais, conformándole con la suma regla de toda buena voluntad y juicio, que es la eterna bondad y sapiencia, cuyo intérprete es el superior que en su lugar os gobierna.»

Confirmase esto bien con lo que dice san Anselmo (1): *Pec-*

(1) Anselm. cap. 9 de fort. ad Magn. l. 1 et virtutib.

*care non est libertas, nec pars libertatis; peccare est potius non posse, quam posse: quicumque enim facit quod sibi non expedit, quanto magis hoc potest, tanto magis adversitas, et perversitas possunt in illum: Poder pecar y poder usar mal de la libertad no es perfeccion, sino imperfeccion y miseria; ese no es poder, sino flaqueza y enfermedad. ¿Quereislo ver claramente? dice san Agustin: Dios no puede eso con ser todo poderoso: *Hoc unum non potest Omnipotens; mentiri non potest*. Esto solo es lo que no puede el que es todopoderoso; no puede mentir, no puede pecar: el poder pecar es tener el pecado y la maldad y miseria poder en nosotros, y tanto mas, cuanto mas podemos eso: luego, cuanto mas nos alejamos de esto, y afirmamos y fijamos nuestra voluntad en el bien, mas la perficionamos; y esto hacemos con los votos, y obligándonos con ellos á lo bueno y á lo mejor; y así exclama san Agustin (1): *Felix necessitas, quæ in meliora compellit! ¡Dichosa necesidad, que nos compele á lo mejor! Non te vovisse peniteat; imo gaude jam tibi non sic licere, quod cum tuo detrimento licuisset*: No os pese de haberos obligado con votos, antes os holgad de que ya no os es lícito lo que si no lo hubiérais hecho os fuera lícito para vuestro mal. Si os dijese,*

(1) August. epist. 45 ad Armentarium et Paulin.

por este camino ó por esta puerta os habeis de perder ó despeñar, ¿no os holgaríais y os harían gran bien en que os cerrasen aquella puerta y os tapasen aquel camino, para que aunque quisiérais no pudiérais perderos ni despeñaros por allí? Pues si os habeis de perder y condenar ha de ser por ese camino de usar mal de vuestra voluntad: *Cesset voluntas propria, et infernus non erit* (1). Quitad la propia voluntad, y no habrá infierno. Luego cuanto mas os taparen y cerraren ese camino para que no useis mal de vuestra libertad, tanto os hacen mayor bien: de manera que sujetar vuestra voluntad al superior por el voto de la obediencia no es perder la libertad, sino perficionarla y engastarla en oro finísimo de la obediencia y de la voluntad de Dios.

Añade aquí un doctor grave (2) una cosa digna de notar: dice que no solo no se disminuye la libertad con los votos, antes tiene mas libertad el que se obliga á Dios con ellos, y se pone debajo de obediencia, que el que no se atreve á eso: y pruébalo muy bien; porque la libertad consiste en ser uno señor de sí mismo. Pues mas señor de sí es el que hace voto, y se obliga y sujeta debajo de obediencia, que

(1) Bernard. serm. 3 de Resurrect.

(2) Soto, lib. 7 de justitia et jure, q. 2, art. 4 ad 1.

el que no se atreve á hacer eso. Pongamos ejemplo en el voto de castidad. Por eso haceis vos voto de castidad, porque os parece que seréis señor de vos mismo, con la gracia de Dios, para guardar la castidad; y por eso el otro del mundo no se atreve á hacerle, porque no le parece que será tan señor de sí como eso. ¿Veis como vos que haceis voto sois el que teneis mas señorío de vos mismo, para hacer lo que quereis y lo que veis que conviene hacer? Pues en eso consiste la libertad, que la del otro no es libertad, sino sujecion y servidumbre; porque no es señor, sino siervo y esclavo de su apetito y de su sensualidad, que le trae al retortero, y le hace pecar, como tantas veces nos lo repite la Escritura divina (1): *Captivantem illum in lege peccati; à quo enim quis superatus est, hujus et servus est: omnis qui facit peccatum, servus est peccati*. De la misma manera es en la obediencia. Por eso os sujetais vos á la obediencia con voto, porque confiáis, con la gracia del Señor, que seréis señor de vos mismo para seguir la voluntad del superior y negar la vuestra; el otro no se siente tan señor de sí, que se atreva á poder acabar consigo de negar su voluntad, y andar siempre á voluntad ajena, siguiendo la obediencia; y por eso se quiere

(1) Rom. VII, 23; II Petr. II, 19; Joan. c. VIII, 34.

estar en su casa, y no se atreve á entrar en Religion, ni hacer voto de obediencia: de manera que el sujetarse á la obediencia, y el hacer estos votos, antes es argumento de mayor libertad y de ser uno mas señor de sí: es una sujecion noble y generosa; y así nos aconseja y exhorta el Sábio á ella: *Injice pedem tuum in compedes illius, et in torques illius collum tuum: subjice humerum tuum, et porta illam, et ne acedieris vinculis ejus.* Eccli. VI, v. 25, 26. Poned vuestros piés en estos grillos y vuestro cuello en estas cadenas, abajad esos hombros, y tomad esta carga. ¡Oh dichosos grillos y dichosas cadenas, que no las llama la Escritura divina cadenas, sino collares: *Et in torques illius collum tuum!* No atan el cuello estas cadenas, sino adórnanle; porque no son cadenas de hierro, sino de oro: no son cadenas de esclavos, sino de señores: collares de oro son, que no son carga á los que los traen, sino honra y autoridad; é importa mucho tomar estas cosas de esta manera, porque así se hace suave el yugo de Cristo, como lo nota san Ambrosio: *Christi jugum suave est, si ornamenta putes cervicis tuæ esse, non onera.*

CAPÍTULO VI.

De los bienes grandes que hay en la Religion, y del agradecimiento que debemos á Dios por habernos traído á ella.

Fidelis Deus, per quem vocati estis in societatem Filii ejus Jesu Christi Domini nostri: Fiel es Dios, dice el glorioso apóstol san Pablo, I ad Cor. I, v. 9, bendito y alabado sea él, por el cual fuisteis llamado á la compañía de su Hijo Jesucristo. Una de las cosas que Dios nuestro Señor encomendó á los hijos de Israel, cuando los sacó del cautiverio de Egipto, fue que se acordasen del dia en que tanta merced les habia hecho; y encargó esto tan encargado, que mandó que en memoria de esta merced celebrasen cada año una Pascua, que durase ocho dias con mucha solemnidad, comiendo en ella con grandes ceremonias un cordero, en memoria del que fue muerto cuando ellos fueron librados del cautiverio. Si esto mandaba Dios en memoria de la libertad corporal, la cual recibida no se hicieron mejores; ¿qué será razon que hagamos nosotros en memoria del dia en que su poderosa y piadosa mano nos sacó del cautiverio en que nuestra ánima estaba, y la puso en el camino de la tierra de promision, no la del suelo, sino del

cielo? Y así leemos del santo abad Arsenio que cada año celebraba el dia en que el Señor le habia hecho esta merced tan grande de sacarle del mundo; y la fiesta que hacia era comulgar aquel dia, dar á tres pobres limosna, comer alguna legumbre cocida, y consentir que entrasen todos los monjes en su celda.

El bienaventurado san Agustín (1) declara á este propósito aquello que dijo Moisés á Faraon cuando queria que los hijos de Israel sacrificasen á Dios en Egipto, y que no saliesen fuera á sacrificar. Dice Moisés: *Non potest ita fieri; abominationes enim Ægyptiorum immolabimus Domino Deo nostro:* no puede ser eso, porque habemos de sacrificar lo que los egipcios adoran por Dios, la vaca, el becerro, el cordero; y será abominacion para ellos si ven que nosotros matamos y degollamos lo que ellos adoran, y apedrearnos han como á blasfemos: es menester que salgamos de Egipto, y vamos al desierto, para que podamos sacrificar esas cosas á Dios á nuestro salvo. Así nosotros habemos de sacrificar y ofrecer á Dios nuestro Señor lo que aborrecen y abominan los del mundo, la pobreza, la mortificacion de la carne, la obediencia y sujecion, el ser abatidos y despreciados, el negar y quebrantar nuestra propia voluntad.

(1) August. lib. 2, quæst. super Exod. quæst. 28; Exod. VIII, 26.

No pudiéramos sacrificar y ofrecer á Dios esas cosas allá en el mundo, que nos silbaran y apedrearán, y no nos dejarán vivir; porque abominan de eso los del mundo, y hacen burla de los pobres, y de los bajos y humildes: *Viam trium dierum pergemus in solitudinem, et sacrificabimus Domino Deo nostro.* Exod. VIII, v. 27. Hizonos el Señor por su infinita bondad y misericordia esta merced de sacarnos de Egipto, y traernos á la soledad de la Religion, donde podamos con estos tres votos ofrecer y sacrificar á Dios todas estas cosas, tan á nuestro salvo, que acá es eso grande honra y grande gloria, y el que en eso se aventaja y se esmera mas, ese es mas tenido y estimado.

Para que entendamos mejor la obligacion que tenemos de reconocer y agradecer al Señor esta merced y beneficio, pondremos aquí brevemente algunos de los bienes y excelencias con que los Santos declaran su grandeza. El bienaventurado san Jerónimo, sobre aquello del salmo LXXX: *Cum exiret de terra Ægypti, linguam, quam non noverrat, audivit: divertit ab oneribus dorsum ejus;* va declarando la merced grande que nos hizo Dios en sacarnos de Egipto, que es el mundo, poniéndonos delante el cautiverio y servidumbre de Faraon en que estábamos, y la libertad de hijos de Dios á que fuimos llamados: nos sacó, dice,

y nos libró Dios de un yugo y carga muy pesada; éramos siervos y esclavos de Faraon allá en el mundo: *Et in manu forti eduxit nos Dominus de terra Ægypti, de domo servitutis*; y Dios con mano fuerte y poderosa nos sacó de aquella servidumbre y sujecion. *Quando in Ægypto eramus, extruebamus civitates Pharaonis, lutum et laterem portabamus, et tota anima nostra querebat paleas*: Cuando estábamos en Egipto, allá en el mundo, y edificábamos las ciudades de Faraon, todo era hacer adobes, y entender en obras de barro y lodo; todo nuestro empleo, y todo nuestro cuidado y diligencia era en buscar pajas, pajas que lleva el viento, pajas para hacer adobes: *Non habebamus frumentum, non habebamus caelestem panem, qui de celo venit, necdum acceperamus manna de celo. Quam grandia ante habebamus onera!* No teníamos trigo, todo era paja: no teníamos el pan celestial que viene de arriba, aun no habíamos recibido el maná del cielo. ¡Qué carga tan grande llevábamos á cuestras! ¡Cuán pesada carga es la del mundo! ¡Cuántos cuidados, cuántos trabajos! Y todo para tener de comer, ó cuando mucho para tener un oficio honroso. Y para sustentar y llevar esto adelante, ¡qué de dificultades hay, cuántas pretensiones, cuántos puntos y cumplimientos, cuántas leyes del mundo, que no lo entienden sino los que lo tocan!

Verdaderamente es yugo de hierro, y pesadísimo, el que traen á cuestras los del mundo. Pues *Divertit ab oneribus dorsum ejus*; quitó Dios de nuestros hombros la carga pesada de las leyes, obligaciones y fueros del mundo, y de ese yugo de hierro, y púsonos una carga muy liviana y un yugo muy suave: *Jugum enim meum suave est, et onus meum leve*, Matth. XI, v. 30; trájonos el Señor á un estado donde toda nuestra ocupacion ha de ser emplearnos en servirle.

Dice el apóstol san Pablo de los que están allá en el mundo en estado de matrimonio: *Qui cum uxore est, sollicitus est quæ sunt mundi, quomodo placeat uxori, et divisus est*. I ad Cor. VII, v. 33. Los casados están repartidos en muchos cuidados; porque tienen que cumplir con las cosas del mundo, y con su hacienda y familia, y el marido ha de procurar contentar á su mujer, y la mujer al marido: están muy repartidos y divididos, no se pueden dar del todo á Dios. *Qui sine uxore est, sollicitus est quæ Domini sunt, quomodo placeat Deo; et mulier innupta, et virgo, cogitat quæ Domini sunt, ut sit sancta corpore, et spiritu*; empero el que tiene estado de castidad, todo su cuidado es cómo agradar al Señor, cómo será santo en el cuerpo y en el espíritu. Pues si de quien tiene estado de castidad allá en el siglo, dice san Pablo, que to-

do su cuidado ha de ser en cómo agradará al Señor, y cómo será santo en el cuerpo y en el espíritu; ¿qué será de los religiosos, á los cuales ha descargado Dios y desembarazado de todos los cuidados del mundo, aun de lo necesario para su sustentacion, para que todo nuestro cuidado le pongamos en cómo agradaremos á Dios, y cómo seremos cada dia mas santos? Dice el glorioso san Agustin (1) que esto se figuraba y significaba en aquel sacrificio que ofreció Abrahan á Dios, que fue una vaca, una cabra y un carnero, y mas una tórtola y una paloma; y los animales de la tierra los dividió por medio: *Aves autem non divisit*, Genes. c. xv, v. 10; pero las aves no las dividió, sino así enteras las ofreció. Por los animales de la tierra dice que se significan los hombres carnales y del mundo, que se dividen y reparten en muchas partes, y por la tórtola y la paloma, que son aves mansas, y que no hacen mal á nadie, se significan los hombres espirituales y perfectos, ahora sean solitarios y apartados de la conversacion de los hombres, los cuales son significados por la tórtola, ahora traten y conversen con ellos, que son significados por la paloma; los cuales no se parten ni dividen, sino todos se emplean en servir á Dios enteramente. Pues

(1) Augustinus, lib. 16 de Civitate Dei, cap. 21.

esta es la merced que nos ha hecho el Señor á los religiosos, que todos enteros nos ofrezcamos á Dios en sacrificio y holocausto: no tenemos que dividirnos ni repartirnos en otros cuidados, sino solamente tratar de cómo agradaremos cada dia mas al Señor: para eso hacemos el voto de castidad, para que, como dice el glorioso san Pablo, no teniendo compañía á quien agradar, ni familia que gobernar, toda nuestra ocupacion y cuidado sea en cómo seremos cada dia mejores y mas perfectos: para eso hacemos el voto de la pobreza, por el cual dejamos todas las riquezas del mundo, el deseo, cuidado y solicitud que traen consigo, que son las espinas que dice Cristo nuestro Señor en el Evangelio sagrado que punzan é inquietan (1); y el bienaventurado san Ambrosio dice que se llamaron divicias; porque dividen el corazon: *Unde, et divitiæ dicte sunt, quod mentem dividant*: para eso hacemos el voto de la obediencia, por el cual nos dejamos á nosotros mismos, y nuestra propia voluntad y juicio, que ya no tenemos que echar trazas ni tener cuidado de lo que ha de ser de nosotros; porque el superior á quien nos entregamos en lugar de Dios ha tomado ese cuidado, para que nosotros solamente cuidemos de lo

(1) Luc. VIII, 7, 14; Ambros. lib. 2 de Abrah. cap. 8.

que toca á nuestro aprovechamiento.

El bienaventurado san Jerónimo, sobre aquello del Salmista, Psalm. CXXXIII, v. 1: *Ecce nunc benedicite Dominum omnes servi Domini, qui statis in domo Domini, in atris domus Dei nostri*: Bendecid y alabad al Señor todos sus siervos, los que estais en su casa y morais dentro de sus palacios; dice que así como acá un señor temporal tiene muchos criados que le sirven, y diferencia de ellos, porque unos tiene dentro de casa que andan siempre con él, y otros que siempre andan en el campo: *Sic Deus habet multam familiam: habet quasi ad faciem suam, qui sibi ministrant: habet alios in agris*; así Dios nuestro Señor tiene mucha diferencia de criados: unos que asisten siempre en su casa y en su presencia, otros que andan allá en el campo. Los religiosos, dice, son los criados que moran dentro de la casa del Señor, y que asisten siempre delante de él, y tratan cada dia con él, esos son los continuos de Dios; pero los seglares, que están allá en el mundo, son como los aldeanos y criados del campo. Y lleva adelante la comparacion: así como los criados del campo, los labradores y aldeanos, cuando quieren negociar y alcanzar alguna cosa de su señor, ponen por intercesores y medianeros á los criados que privan y asisten siempre

con él, y le ven y tratan cada dia; así los del mundo, cuando se ven en alguna necesidad, y quieren alcanzar algo de Dios, acuden á los religiosos que encomienden á Dios tal negocio, que hagan oracion por tal necesidad, como á muy allegados y favorecidos, y por cuyo medio el Señor les ha de hacer á ellos merced. Y mas: así como los criados del campo son los que lo trabajan, y los que aran y cavan, para que los otros lo gocen, estándose en palacio con su señor; así son los seglares con los religiosos: ellos lo trabajan y afanan, y lo allegan y guardan con mucho cuidado y solicitud, para que los religiosos lo coman con descanso y sosiego. San Gregorio, lib. 5 Mor., cap. 7, dice que esto mismo se nos da á entender en la vida de aquellos dos hermanos, Jacob y Esaú, de quienes dice la sagrada Escritura: *Factus est Esau vir gnarus venandi, et homo agricola; Jacob autem vir simplex habitabat in tabernaculis; vel habitabat domi*, Genes. c. XXV, v. 27, como dice otra letra. Por Esaú, que andaba á caza y era labrador, dice que se entienden los seglares que andan ocupados y distraidos en las cosas exteriores del mundo; y por Jacob, varon simple y que moraba en casa, los espirituales y religiosos, y que siempre andan recogidos y dentro de sí mismos, tratando de lo que conviene á sus almas, y

son los queridos y regalados de Dios, como lo era Jacob de su madre Rebeca. Pues consideremos aquí la merced grande que nos ha hecho el Señor, que nos aventajó tanto á los del mundo, que ellos sean como los rústicos y aldeanos, y nosotros como los cortesanos y continuos de su casa. Muy bien podemos decir lo que dijo la reina Sabá, viendo el orden y concierto de los criados del rey Salomon: *Beati viri tui, et beati servi tui, qui stant coram te semper, et audiunt sapientiam tuam*. III Reg. x, v. 8. Dichosos y bienaventurados los religiosos que están en la casa de Dios y tratan á menudo con él, y gozan de su sabiduría.

De aquí podemos inferir cuán ciegos están aquellos que piensan que han hecho mucho en dejar el mundo y entrar en Religion; y parece que quieren hacer cargo á Dios de eso, como quien ha hecho mucho por él: muy engañado estais; vos sois el que habeis recibido muy grande merced y beneficio de Dios en que os haya sacado del mundo, y escogido para su casa á un estado tan alto; vos sois el que quedais deudor y obligado á agradecer y servir de nuevo tan grande bienhechor. Si el rey llamase á un caballero á su corte para darle un oficio principal, este tal no pensaría que habia hecho algo en dejar su casa y tierra, ni que le quedaba el rey á deber, antes en-

tenderia que le hacia gran merced en quererse servir de él, y llamarle para tal oficio, y pondria á su cuenta aquella merced sobre las demás que el rey le hubiese hecho, para agradecerla y servirle de nuevo. Pues así lo habemos nosotros de hacer: no escogimos nosotros á Dios, sino él nos escogió, y nos hizo esta tan señalada merced sin merecerlo nosotros, antes desmereciéndolo.

¿Qué visteis, Señor, en nosotros, que nos escogisteis mas que á nuestros hermanos que se quedaron allá? ¿Qué habia en nosotros que os pudiese agradar? Algo visteis, pues nos escogisteis: algo vió Dios que le contentó, pues nos escogió. Pero dirá alguno: Mirad lo que decís, porque dicen los teólogos que no se da causa de nuestra parte de la predestinacion de Dios. El bienaventurado san Agustin (1) declara esto muy bien con una comparacion. Pasa un artifice escultor por un monte, y ve allí un tronco cortado de un árbol, pone los ojos en él, y para. ¿Contentóle? Algo quiere hacer de él; porque no puso los ojos en él, ni se contentó de él para dejarlo así tronco y tosco como se estaba; allá en su arte vió lo que habia de hacer de aquel tronco: *In arte vidit quod futurum est, et amavit quod inde facturum est, non illud quod*

(1) Augustinus, tractat. 8 super epist. Joan.

est. ¡Oh, dice, qué hermosa imagen se hará de este tronco! Eso es lo que amó, esto es lo que le contentó; no lo que entonces era, que era un tronco basto y feo, sino la imagen hermosa y perfecta que había de hacer de él: *Sic nos et Deus amavit peccatores*: Así, dice, nos amó Dios á nosotros, siendo aun malos y pecadores: no en cuanto pecadores, no para que nos quedásemos hechos leños secos, feos y sin provecho como nos estábamos: *Quasi lignum de sylva vidit nos faber, et cogitavit edificium, quod inde facturum est*: Como á tronco cortado del monte nos miró aquel Artífice soberano, y pensó lo que había de fabricar de aquel tronco: eso le agradó, eso le contentó; no lo que érais entonces, que érais un leño seco, basto y feo, sino lo que había de hacer de vos: quería aquel Artífice soberano, que fabricó los cielos y la tierra, hacer de ese tronco una imagen muy perfecta y acabada: *Quos præsavit, et prædestinavit conformes fieri imaginis Filii sui*, ad Rom. VIII, v. 29: quería hacer de vos una imagen que fuese muy conforme y muy semejante á su propio Hijo, una imagen que se pareciese al mismo Dios; eso le agradó, eso le contentó; por eso puso los ojos en vos, por eso os escogió: *Non vos me elegistis, sed ego elegi vos, et posui vos, ut eatis, et fructum afferatis, et fructus vester maneat*. Joan. xv, v. 16. Mirad cuán per-

fecta imagen quiso Dios hacer de vos, y cuán semejante á su unigénito Hijo, que os escogió para el mismo oficio á que vino el Hijo de Dios al mundo, para que ganeis almas para Dios.

En el salmo ciento treinta y seis va haciendo el mismo Santo un buen discurso á este propósito sobre aquel verso primero: *Super flumina Babylonis, illic sedimus, et flevimus, dum recordaremur tui, Sion*: Sobre los rios de Babilonia allí nos sentamos y lloramos, acordándonos de tí, Sion; dice que los rios de Babilonia son las cosas de este mundo, caducas y perecederas, que corren y se pasan presto; empero hay diferencia entre los ciudadanos de Babilonia y los ciudadanos de Jerusalem, que aquellos están en medio del rio de Babilonia enfrascados en las cosas del mundo, y entre grandes tempestades y peligros; empero otros que quieren ser ciudadanos de aquella Jerusalem celestial, viendo y considerando los peligros de ese rio de Babilonia, los vientos y tempestades, las olas y vaivenes, sus vueltas y revueltas, sálense á fuera, y no se quieren poner en esos peligros, sino están sentados sobre las riberas, como los hijos de Israel: *Vident hæc, et non se mittunt in flumina Babylonis; sed sedent super flumina Babylonis, et fleunt super flumina Babylonis*. Estos son los religiosos que han huido de los peligros del mundo,

y se están sentados en las riberas de él, pero llorando y lamentando. ¿Qué es lo que lloramos y lamentamos? Lo primero, dice el bienaventurado san Agustín, lloramos nuestro destierro, aquel *cum recordaremur Sion*: viendo las olas y tempestades de este rio de Babilonia, y acordándonos de aquella Sion celestial, que es nuestra patria, no podemos dejar de llorar y suspirar: *O sancta Sion, ubi totum stat, et nihil fluit! Quis nos in ista præcipitavit?* ¡Oh santa Sion, donde no hay mudanzas, vaivenes ni peligros, sino todo permanece siempre firme, estable y en un ser! ¿Quién nos ha arrojado en estos despeñaderos? *Quare dimisimus conditorem tuum, et societatem tuam?* ¿Cómo estamos apartados y desterrados de nuestra tierra, de nuestra compañía y de nuestro Criador? ¿Cuándo nos veremos libres de estos peligros? ¿Cuándo se nos alzarán estos destierros? ¿Cuándo estaremos seguros? ¿Cuándo nos veremos allá?

Lo segundo, lloramos, dice el Santo: *Illos qui rapiuntur*. Los que arrebatados y lleva tras sí ese rio. Están nuestros hermanos en medio de ese rio de Babilonia, de ese mar tempestuoso del mundo, llévanlos tras sí las corrientes, arrebatánlos las ondas y tempestades, dan con ellos en las rocas y en los peñascos, y no paran hasta dar con ellos en el profundo: cada dia los vemos anegar á millares, como caen

los copos de nieve; así dice un Santo (1) que vió en espíritu bajar almas al infierno. Pues ¿quién no llorará tan gran pérdida? ¿Qué entrañas habrá tan duras que no se rompan de lástima y compasión viendo perecer tantas almas?

Lo tercero, estamos sentados en la ribera de este rio de Babilonia para ayudar y favorecer á nuestros hermanos, para socorrer y dar la mano á los que peligran, á ver si podemos pescar y salvar alguno de los que se van á anegar; ese es nuestro propio oficio: *Venite post me, et faciam vos fieri piscatores hominum*: para eso nos llama Dios, para ser pescadores de hombres; para eso nos ha puesto en esta ribera de la Compañía, para pescar almas, para que desde aquí demos la mano á los que se van á anegar. Pues vamos aquí ponderando por una parte la merced grande que nos ha hecho el Señor, pues nos diferenció y aventajó tanto de los del mundo, que ellos andan en el coso, y nosotros estamos en talanquera; ellos andan en el golfo de ese rio de Babilonia, y peligro de perecer y anegarse cada momento, y á nosotros nos puso Dios en la ribera para favorecerles y darles la mano para que se salven: y volvamos por otra parte los ojos á nosotros, considerando que los que han de dar

(1) In Revelat. S. Birgittæ, et refert Blosius, cap. 1 Monilis spirit.

la mano para librar y favorecer á los que se ahogan en los rios han de ser muy diestros nadadores, y sino suélense quedar tambien ahogados; con la furia de la muerte traba el uno al otro, y allá van los dos. Gran destreza ha de tener en el arte de ganar almas, y mucha virtud y perfeccion, el que ha de sacar á los otros de los peligros sin ponerse él á peligro.

Del bienaventurado san Anselmo se cuenta (1) que estando una vez arrebatado en éxtasi, vió un caudalósimo rio, notablemente precipitado y furioso, en el cual entraban las inmundicias, y suciedades y heces de toda la redondez de la tierra en tan extremo grado, que no se podia imaginar en el mundo cosa mas hedionda, súcia y asquerosa, ni mas incomportable que las aguas que por aquel rio bajaban; y eran de tal condicion y furia, que todo cuanto topaban arrebataban sin remedio, así hombres como mujeres, y así ricos como pobres, hundiéndolos en lo profundo, y zbulléndolos por momentos, y con la misma presteza sacándolos arriba, y luego tornándolos á zbullir, sin dejarles sosegar un instante. Admirado el glorioso Anselmo de tan extraño espectáculo, y preguntando de qué se mantenía

(1) Habetur in operibus Beati Anselmi, Surius, 21 aprilis; Tilman Bredembrechtius, collat. 8, cap. 34.

aquella gente, y cómo vivía, porque al fin andaban vivos, fuele respondido que aquellos desdichados se mantenian del mismo cieno en que venian zbullidos, y de aquello mismo bebían, y que aun con todo eso vivían contentísimos. Interpretáronle la vision, diciéndole: Aquel torrente y rio es el mundo, en el cual los hombres ciegos andan revueltos entre sus riquezas y honras, y entre sus deleites carnales y súcios, y son tan miserables, que aun no pudiendo hacer pié en tales suciedades, con todo eso viven contentos, y se estiman y tienen por bienaventurados y dichosos. Luego fue llevado el Santo á un cercado ó jardin de anchísima y espaciosa capacidad, cuyas paredes, estando cubiertas de clarísima plata, resplandecian admirablemente: en medio estaba un prado ó campo raso, y en él yerbas, no ordinarias y comunes, sino de oro finísimo; pero vivas y blandas, en tanto grado, que sin dificultad suavemente recibían á quien encima se sentaba, y con él se humillaban y bajaban hasta la tierra: ni por esta humillacion quedaban marchitas ni maltratadas, antes levantándose el que estaba encima, de suyo se tornaban á enderezar, como antes estaban: el aire era agradable y fresco; y finalmente, todo lo que había era tan suave y alegre, que realmente parecia pa-

raíso, y no haber mas que desear para la bienaventuranza. Fuele dicho al Santo ser este el estado de la Religion representado al vivo.

CAPÍTULO VII.

Prosigue lo mismo que en el capítulo pasado.

El bienaventurado san Bernardo (1) recopiló muy bien los bienes grandes que hay en la Religion en estas breves palabras: *Nonne hæc est Religio sancta, pura, et immaculata, in qua homo vivit purius, cadit rarius, surgit velocius, incedit cautius, irroratur frequentius, quiescit securius, moritur fiducia, purgatur citius, premiatur copiosius?* En la Religion, dice, vive el hombre con mayor puridad, cae mas raras veces, y cuando cae, levántase mas presto, y aquello le es ocasion para andar con mayor cautela y recato: es visitado mas frecuentemente con refrescos, y consolaciones y rocíos del cielo; vive con mayor seguridad y descanso, muere con mayor confianza de su salvacion, tiene menos que purgar en el purgatorio, y mas copioso premio en el cielo. Y en otra parte, tratando de la alteza y dignidad de los religiosos, di-

(1) Bernard. homil. Simile est regnum celorum homini regi quærenti bonas margaritas.

ce (1): *Altissima est professio vestra, caelos transit, par Angelis est, angelica similis puritati; non enim solum vocistis omnem sanctitatem, sed omnis sanctitatis perfectionem, et omnis consummationis finem: aliorum est servire Deo; vestrum adhærere Deo:* Altísima es vuestra profesion, sobrepuja los cielos, párese con los Ángeles, y es semejante á la puridad angélica; porque no solo profesais toda santidad, sino la perfeccion de toda santidad: de otros es tratar de servir á Dios, mas de vosotros es tratar de estar siempre unidos con Dios; y un poco mas abajo dice: *Quos quo nomine dignius appellem, nescio, homines caelestes, an Angelos terrestres, degentes in terris, sed conversationem habentes in caelis.* No sé con qué nombre os pueda mas dignamente llamar, si hombres celestiales, ó Ángeles terrenales; porque aunque vivís en la tierra, teneis vuestra conversacion en el cielo: *Non estis de mundo* (2), *sed estis cives Sanctorum, et domestici Dei.* Ad Ephes. II, v. 20. Sois semejantes á aquellos espíritus bienaventurados, que son enviados acá para guardarnos y defendernos, que de tal manera se ocupan en esos ministerios con nosotros, que nunca pierden de vista á Dios. Tal es la vida del religioso, que aunque vive en la tierra, tiene su corazon en el cielo, todo su trato

(1) Bernard. epist. seu tract. ad fratres de Monte Dei.

(2) Joan. xv, 15.